

Curiosidades en Medicina

EL MALETÍN

OSVALDO FÉLIX SÁNCHEZ*

Durante más de dos milenios la medicina impuso con caracteres indelebles algunos rasgos distintivos, indicativos –sin lugar a duda– de la presencia de su protagonista excluyente: el médico.

Esta situación se ha repetido invariablemente, destacando la existencia del más que simbólico maletín negro que, junto al caduceo, identifica plenamente la noble actividad médica al servicio del enfermo.

En tiempos pasados, el cofre (y luego la talega) contenía el arsenal médico, donde constaban drogas y algunos instrumentos para cirugía menor, lo que señala la inexistencia del maletín negro.

Una visión general muestra que el médico de la Antigüedad transportaba sus utensilios en cofre donde al lado de un mortero llevaba vasos, ventosas, ganchos quirúrgicos, un gancho con una espátula doblada, otras espátulas con punta de oliva, un cauterio, un perforador y una serie de fórceps y cuchillos. Uno de los ejemplares más antiguos, aparecido en cercanías de Reims, con asas de bronce, fue propiedad del médico romano Gaius Firmius y corresponde a la centuria IV.

No contamos con una fecha precisa que indique cuándo el cofre fue reemplazado por el maletín. Sí se sabe que la transición del uno al otro fue paulatina. Probablemente se produjo cuando el médico, al emplear el caballo como medio de transporte, sustituyó el cofre (demasiado pesado e incómodo) por una talega con ocasión de realizar las visitas a los pacientes, en el transcurso del siglo XVIII.

¿Qué contenía la talega primitiva? En lo que respecta al instrumental, de tres a seis lancetas más un

equipo de ventosas. Una singularidad terapéutica estaba cristalizada en una sanguijuela mecánica consistente en un tubo que portaba una lanceta impulsada por un émbolo para perforar la piel y un cilindro con resorte para extraer sangre.

Más adelante, varios modelos nuevos de fórceps incluían las pinzas de torsión de Schmuker (S. XVIII) y las pinzas de compresión arterial de Pierre Desault con un muelle mecánico para cerrar las hojas y mantener así el agarre, elementos que se agregaron a la talega del médico sustituyendo a los ya superados.

La renovación de ingenios indica: las pinzas de muelle inglesas de Benjamín Bell y las de Paolo Assalini (con brazos ajustables que permitían aproximar las tenazas de tal forma que se podía pasar una ligadura sobre el vaso), las pinzas de asas estriadas para hacer más firme el agarre. También encontramos una singular sierra de amputaciones apta para cortar sin dañar los otros órganos, etc.

Alcanzado el siglo XIX, se incorporó la jeringuilla hipodérmica que suplantó la administración de la morfina directamente mediante una incisión efectuada en la piel. A esto debe adicionarse el estetoscopio inventado por Laënnec (1816), el termómetro, un tosco otoscopio y, finalmente, el esfigmomanómetro.

Las drogas minerales y vegetales fueron la batería farmacológica de la talega médica. La droga principal fue el opio en sus diversas preparaciones; otras incluían calomelanos, mercurio, polvos de Dover, ipecacuana y quina, que generalmente eran llevadas en frascos. El médico podía disponer de hasta 40 o 50 medicamentos.

* Prof. Adjunto de la Cátedra de Filosofía e Historia de la Medicina, Facultad de Medicina, Universidad Abierta Interamericana. Sede Regional Rosario. Responsable académico de la Materia Electiva Derecho Sanitario y Bioética Aplicada, Facultad de Ciencias Médicas, Universidad Nacional de Rosario.

El botiquín de un navío de esa centuria contenía polvos vomitivos (tártaro emético o ipecacuana), espíritu febrífugo (solución de acetato amónico), polvos catárticos (jalapa, sen, magnesia) y polvos astringentes (alumbre), aceite de ricino, etc. También en este siglo la firma Moore & Prowse, de Boston, lanzó un botiquín conformado por 42 elementos; los medicamentos en uso con anterioridad tenían nombres diferentes; entre los elementos nuevos estaban esencia de menta, flores de azufre, flores de manzanilla, arrurruz, serpentaria, sales de Epsom y sales de Glauber (sulfato sódico).

La introducción del maletín negro obedeció entre otros motivos a la invención del automóvil, la construcción de mejores caminos, un desarrollo sostenido de la

industria del cuero y, fundamentalmente, los requerimientos de los propios interesados.

En la segunda mitad de la centuria pasada, una encuesta practicada en EE.UU. puso de manifiesto cuál era el contenido general del maletín negro del médico: estetoscopio, esfigmomanómetro, termómetro, depresores linguales, otoscopio, oftalmoscopio, martillo de reflejos, guantes de goma, jeringas y agujas asépticas de inyección, instrumentos para cirugía menor, vendajes, esparadrapo, aplicadores y torundas de algodón y torniquete.

El cofre, la talega y el simbólico maletín negro del médico llevan consigo una parte –no menos importante– de la historia de la medicina.

Chopin hablando de médicos

Chopin era capaz de hablar claramente, y hasta con humor, de las manifestaciones más crudas de su enfermedad (la tuberculosis). En 1839, en Mallorca, luego de una temporada de profundos malestares, realizó una visita médica. En un carta al profesor Jarocki, desde Marsella, varios meses después, le relató los pormenores de aquella consulta. Su lenguaje, de pocos recatos, contradice tajantemente la imagen de delicadeza casi etérea que se le edificó. Decía Chopin: “Uno olió lo que yo escupía. El segundo me percutió ahí desde donde yo escupía y el tercero me auscultó mientras escupía. Todos estuvieron de acuerdo en que iba a morir pronto, aunque no coincidieron en el día. Por suerte, las tres fechas ya han pasado y aún estoy aquí”.

PABLO KOHAN (LA NACIÓN, 6 DE MAYO DE 2004)